Polonia

Estudios
Latinoamericanos

Sociedad Polaca de Estudios Latinoamericanos

ISSN 0137-3080

Original title / título original: *El pueblo mapuche frente al estado chileno. El nuevo activismo indígena en la época de la globalización*

Author(s)/ autor(es):

Aleksander Posern-Zieliński

Published originally as/ Publicado originalmente en: Estudios Latinoamericanos, 29 (2009), pp. 9-26

DOI: <https://doi.org/10.36447/Estudios2009.v29.art1>

Estudios Latinoamericanos is a journal published by the Polish Society for Latin American Studies (Polskie Towarzystwo Studiów Latynoamerykanistycznych).

The Polish Society for Latin American Studies is scholarly organization established to facilitate research on Latin America and to encourage and promote scientific and cultural cooperation between Poland and Latin America.

Estudios Latinoamericanos, revista publicada por la Sociedad Polaca de Estudios Latinoamericanos (Polskie Towarzystwo Studiów Latynoamerykanistycznych).

Sociedad Polaca de Estudios Latinoamericanos es una asociación científica fundada con el fin de desarrollar investigaciones científicas sobre América Latina y participar en la cooperación científica y cultural entre las sociedades de Polonia y América Latina.

El pueblo mapuche frente al estado chileno. El nuevo activismo indígena en la época de la globalización

Aleksander Posern-Zieliński

Introducción

Desde el año 2007 he tenido la oportunidad de llevar a cabo el trabajo antropológico de campo en la región histórica de Araucanía, es decir en las provincias sureñas de Chile, donde hasta hoy día viven los indígenas de la etnia mapuche. Según la división administrativa actual, dicha área pertenece a cuatro regiones conocidas oficialmente como octava (del Bío-Bío), novena (de la Araucanía en sentido estricto), decimocuarta (de Los Ríos) y décima (de Los Lagos).

Mis estudios en la Araucanía forman parte de un proyecto de investigaciones antropológicas apoyadas por el Ministerio de Ciencia y Educación Superior de Polonia, que durante el último decenio ha financiado también otros trabajos dedicados al estudio del pasado, de la cultura y la sociedad latinoamericanos. Oficialmente, el título de este proyecto es: “Araucanía y sus habitantes. 160 años después del viaje de Ignacio Domeyko por las tierras mapuches. Historia étnica, condiciones socio-culturales y la lucha de los mapuches de hoy por la sobrevivencia”. El mencionado viajero fue un científico polaco-chileno, que dedicó 50 años de su vida a estudiar diferentes aspectos de la realidad geográfica, socio-cultural y educativa de Chile en el siglo XIX. Su aporte a estas áreas es muy bien conocido y apreciado en Chile, gracias a su enorme actividad académica (fue rector renovador de las universidades en Santiago y en La Serena) y su penetración en el interior del país en busca de

nuevos depósitos de minerales (razón por la cual una parte de la sierra de Atacama fue nombrada Cordillera Domeyko) [Maldonado 2005]. En 1845, Domeyko viajó por las áreas ubicadas al sur del río Bío-Bío, que en aquella época ya no estaba bajo el control regular de la República. Durante su viaje, Domeyko demostró un gran interés por la vida cotidiana y la situación social y cultural de los grupos nativos mapuches que vivían en la Araucanía, motivo por el que entonces eran identificados étnicamente como araucanos. A mediados del siglo XIX, los mapuches, como pueblo originario e independiente, vivieron momentos muy graves para su historia étnica, que precedieron a la conquista republicana de su territorio y la pérdida de sus tierras y libertades. Las valiosas observaciones hechas por Domeyko fueron incluidas en su libro titulado “Araucanía y sus habitantes”, publicado primero en castellano en Chile [Domeyko 1845] y unos años más tarde [Domeyko 1860] en polaco, en la ciudad de Wilno (Vilnius).

En ambos países tan alejados uno del otro, el libro sobre los mapuches fue recibido con un gran interés, aunque por razones totalmente diferentes. Para los chilenos, la obra de Domeyko, junto con otros relatos de los viajeros europeos del siglo XIX, era una importante fuente de información sobre la situación interétnica en la zona fronteriza y sobre la cultura tradicional mapuche, mientras que para los polacos del siglo XIX, cuyo territorio estatal quedaba en aquel entonces ocupado por los imperios europeos vecinos, el relato sobre la heroica lucha de los mapuches contra los invasores y la admiración expresada por Domeyko hacia los jefes rebeldes por su profundo sentido de libertad, sirvió como una significativa figura metafórica sobre la fuerza vital de un pueblo lejano y conquistado, dominado pero nunca vencido. En nuestros días, Ignacio Domeyko sirve como símbolo de amistad y cooperación científica entre Chile y Polonia, y esta es la razón por la que el título de mi proyecto, referido directamente al libro “Araucanía y sus habitantes”, utiliza en parte este nuevo sentido contextual [Piwonka 2002, Achmatowicz 2002].

El relato histórico de Domeyko es un interesante punto de partida para mi proyecto, cuyo objetivo es realizar un estudio antropológico de la Araucanía, centrado en la situación actual de sus habitantes indígenas en lo que atañe a su identidad, activismo étnico, relaciones interétnicas y contexto globalizante de su cultura. El perfil de la investigación se asocia fuertemente con los principios básicos de la antropología política y la antropología de la etnicidad. Por eso, en el centro de mi interés se encuentran especialmente los representantes de la nueva capa de élites indígenas, como son las diferentes autoridades locales, jefes de las comunidades, activistas sociales, profesores, profesionales, académicos, líderes de organizaciones, miembros de los diferentes partidos, periodistas, artistas, artesanos, estudiantes, y finalmente autoridades y dirigentes religiosos. Todos de ellos forman hoy día una parte importante y muy atractiva de la población mapuche, pertenecientes a un conjunto de personas identificadas a menudo como “nuevos indígenas”, responsables de los cambios y el et-

nodesarrollo. Además, muchos de ellos se dedican a fortalecer la identidad y la implementación de los derechos étnicos, cívicos y humanos garantizados por los convenios internacionales para todos los pueblos originarios [Posern-Zielinski 2002].

Los trabajos de campo han sido programados en tres regiones de la Araucanía: 1) en el valle central, es decir en la zona mas poblada, urbanizada e industrializada, y con gran presencia de habitantes no-mapuches (Temuco – Chol Chol – Nueva Imperial); 2) en la costa del Pacífico, es decir en el área con la población mas pobre y con muchas comunidades indígenas de pescadores (Puerto Saavedra – Valdivia – Chiloé); y finalmente 3) en la zona andina – la más aislada, pero que hoy día vive también cambios muy fuertes debido a sus atractivos turísticos. Las condiciones de vida de la población nativa en cada una de estas tres regiones, son por supuesto, diferentes y por eso las formas locales del activismo étnico expresan también un perfil específico que vale la pena analizar.

Las investigaciones efectuadas en el marco del proyecto mencionado arriba, han sido apoyadas intelectualmente por los especialistas en ciencias sociales de la Universidad de Chile y la Universidad Academia de Humanismo Cristiano, ambas de Santiago, y también por la Universidad Católica de Temuco. En los tres centros académicos hay departamentos y grupos de antropólogos que han contribuido mucho al estudio sobre los diferentes aspectos de la cultura, la etnohistoria y la actual situación social del pueblo mapuche. Sus obras, recomendaciones y sugerencias me han servido como valiosas indicaciones científicas, facilitando de esta manera mi trabajo de campo y la interpretación de los datos recogidos.

También vale la pena mencionar aquí el apoyo excepcional que recibí de parte de mis dos asistentes de campo, ambos mapuches, bien educados y además excelentemente preparados para las investigaciones antropológicas: Millarey Paine-mal – trabajadora social –, y Vladimiro Painemal – antropólogo. Aparte de poseer una excelente orientación en diferentes asuntos indígenas, tenían también una gran experiencia en la vida social y política, gracias a su activa participación en trabajos realizados a favor de las organizaciones nativas. Importante era también el hecho de que ambos pertenecían a una respetada familia mapuche, conocida muy bien en toda la zona gracias a su actividad política y educativa, especialmente antes y durante la presidencia de Salvador Allende. Gracias a estos factores biográficos, nuestros trabajos de campo se desarrollaron sin problemas, a pesar de cierta desconfianza que siempre existe durante los primeros encuentros de un investigador extranjero con indígenas. Mis colaboradores y ayudantes nativos me introdujeron fácilmente en el mundo mapuche, que por regla general – según la opinión de los “winka” (no-mapuches) – es muy cerrado y bastante desconfiado con la sociedad chilena.

En este contexto, mi posición de antropólogo europeo, es decir de persona que viene de un área que los indígenas identifican como un continente donde existe una gran solidaridad con los pueblos nativos y de donde proviene gran parte del

apoyo para los mapuches, era también muy ventajosa para establecer buenas relaciones con la población originaria. No cabe duda de que las observaciones e interpretaciones aquí presentadas son de carácter preliminar, porque fueron formuladas durante la realización del proyecto, antes de que fuera elaborado el informe final. De todas maneras tengo la esperanza de que el presente artículo informativo pueda también contribuir de cierta manera al debate antropológico acerca de la situación de los mapuches chilenos de hoy.

Mi interés científico por estudiar los movimientos indígenas, el activismo étnico, y la participación política de los pueblos originarios surgió en los años 1990, casi al mismo tiempo que la gran explosión mundial y latinoamericana de tendencias emancipadoras entre las etnias autóctonas. Desde finales del último decenio del siglo XX he estado estudiando diferentes formas de activismo indígena en la región andina – primero en Ecuador, luego también en el Perú y Bolivia, y finalmente en el sur de Chile [Posern-Zieliński 2005, 2009]. En cada uno de esos cuatro países, mi interés se centró especialmente en los procesos de etnodesarrollo, en las formas de buscar nuevas identidades, en los esfuerzos hacia la subjetivización de los indígenas y en el creciente papel étnico, social y político de los “nuevos líderes nativos”, que encabezan varios cientos de organizaciones y las transforman en una especie de “nuevas tribus” [Posern-Zieliński 2008].

Aparte de eso, considero importante señalar en este lugar que mi fascinación por el estudio del activismo indígena no se asocia solamente con las investigaciones latinoamericanistas, sino que resulta también de mi interés por interpretar el surgimiento de las nuevas identidades, de los movimientos separatistas, de las ideologías etnonacionalistas en diferentes regiones de Europa y Asia. Gracias a estos procesos etnopolíticos relativamente nuevos, los antropólogos europeos tienen una excepcional oportunidad de estudiar diferentes fenómenos y conflictos étnicos en la Península Balcánica, Asia Central, Siberia, Cáucaso, Rusia Occidental y por supuesto también en los países de Europa Central. No cabe duda de que la experiencia de la investigación llevada a cabo en esas regiones, a pesar de las grandes diferencias socio-culturales y etno-políticas, también podría ser muy útil para quienes se dedican a estudiar el activismo indígena en América Latina, trayendo valiosos datos comparativos y observaciones de procesos similares, aunque sacados de contextos totalmente diferentes.

Las inspiraciones intelectuales iban también en dirección opuesta. Los estudios del activismo indígena en América Latina me han suministrado un valioso material comparativo para interpretar el etnonacionalismo y los conflictos étnicos en el continente de Euroasia. En el mundo de hoy, globalizado y globalizante, las cuestiones básicas relacionadas con las minorías étnicas y los pueblos indígenas, referentes a las relaciones que existen entre etnias y estado, las cuestiones relacionadas con los movimientos de los grupos oprimidos, con la búsqueda de nuevas

formas de identidad, con el surgimiento de nuevos líderes y organizaciones, son en realidad fenómenos frecuentes y muy parecidos a pesar de la distancia entre culturas, sociedades y países.

En general, todos estos procesos, tan importantes para la vida política, civil, étnica, cultural y social, marcan el fin de la época de dominación del modelo homogéneo Estado-Nación-Cultura y marcan el inicio de nuevos tiempos, que se caracterizan por las sociedades heterogéneas, que aceptan diferentes identidades, los principios de interculturalidad y plurinacionalidad y que respetan los derechos de todos los grupos minoritarios, incluyendo por supuesto a las etnias indígenas.

Identidad en peligro y valores esenciales

Los mapuches constituyen la principal y más numerosa etnia indígena de Chile, donde viven en sus territorios originarios en el sur del país (las Regiones VIII (Bío-Bío), IX (Araucanía), XIV (Los Ríos), y X (Los Lagos); también, y a consecuencia de las migraciones, un gran número de ellos vive hoy día en las ciudades. Este grupo, aunque parcialmente conquistado por los españoles ya desde el siglo XVI, conservó en gran medida su independencia hasta mediados del siglo XIX, cuando tuvo que ceder bajo la presión de los colonos chilenos y los inmigrantes europeos. Desde aquel entonces, los mapuches se convirtieron en minoría étnica en su propio país, y en población de segunda categoría. Sus tierras les fueron arrebatadas sistemáticamente y la cultura autóctona se fue destruyendo, mientras que la marginalización social hizo que se convirtieran en la capa de población más pobre y más impactada por la estigmatización social en Chile (racismo, estereotipos negativos, prejuicios étnicos) [Bengoa 1996].

Hoy día, los mapuches que habitan su territorio autóctono se dedican a la pesca costera, la agricultura y la cría de ganado, trabajan también en turismo, en servicios y como obreros mal pagados. Simultáneamente, crece en ellos el espíritu rebelde contra esa situación de desigualdad, reforzada por nuevos desalojos de los indígenas de sus territorios originarios, principalmente a causa de inversiones forestales, industriales e infraestructurales, y por las amenazas ecológicas vinculadas con las mismas. El activismo cívico de los mapuches, que exigen respeto para sus derechos y propagan la necesidad de establecer una autonomía regional, están en la actualidad apoyados sobre todo por las nuevas élites indígenas (representantes de los gobiernos locales, maestros, estudiantes, políticos, periodistas, artistas) que hábilmente aprovechan la atmosfera del regreso de la democracia a Chile después de los años del régimen de Pinochet y de sus partidarios [Bengoa 2002, Saavedra 2002].

No cabe duda de que uno de los problemas étnicos importantes de los mapuches de hoy es mantener su identidad, tarea expuesta a toda una serie de peligros.

Uno de ellos es la cada vez más fuerte migración indígena de las regiones campesinas hacia las ciudades, sobre todo al área metropolitana de Santiago de Chile, muy distante de las tierras ancestrales araucanas, pero también hacia otras ciudades ubicadas más cerca de las comunidades indígenas, como Temuco, Villarrica, Valdivia, o Puerto Montt. Dicho movimiento migratorio de los mapuches tiene por causa tanto el atraso de las pobres regiones campesinas y el indudable atractivo del medio urbano-industrial, como también el empeoramiento de las condiciones existenciales de la población indígena en la Araucanía.

Los indígenas son empujados de allí por dos razones principales: primero, debido a la cada vez más difíciles condiciones para trabajar la tierra, resultado de la escasez de agua, causada a su vez por la expansión de las plantaciones (forestales) de eucaliptos y pinos; y segundo, porque son expropiados de sus tierras nativas como consecuencia de las inversiones infraestructurales (carreteras, aeropuertos, centros turísticos) e hidroenergéticas. Se estima que en la actualidad entre 60% y 70% de la población mapuche (ca. 900.000) vive en las ciudades, mientras que sólo unos 300.000 se han quedado en las tierras ancestrales. Esta situación pone en duda no sólo el carácter mapuche de las provincias sureñas de Chile, sino que evidentemente contribuye a serios cambios en el estilo de vida de los migrantes, que en el medio urbano, nuevo para ellos, se encuentran sometidos a una fuerte presión de asimilación y aculturación. A consecuencia de su procedencia indígena y a la vez campesina, y además por la falta de cualificaciones profesionales indispensables en las condiciones urbanas, la mayoría de esos migrantes ocupa posiciones sociales muy bajas. El bajo prestigio, acompañado a menudo de la estigmatización étnica, como también el querer vivir de acuerdo a los patrones urbanos, provocan entre los mapuches una tendencia a embutirse muy rápidamente en la sociedad dominante. En muchos casos esa tendencia se manifiesta simplemente por renegar de la procedencia indígena.

Aparte de eso, no cabe duda de que otra amenaza para su identidad es la cultura contemporánea de masas, que tiene un fuerte impacto en los jóvenes debido a la divulgación de los elementos culturales nacionales (chilenos) y globales. Un factor que acompaña ampliamente dicho proceso de “integración cultural”, que en realidad tiene forma de deculturación, es el sistema educativo, que sólo en un pequeño grado respeta los principios de multiculturalidad. Incluso en las escuelas agrícolas que funcionan en la Araucanía, cuyo objetivo es formar a los profesionales indígenas, una gran mayoría de estudiantes no sólo no tiene en sus planes regresar a la granja familiar, sino que durante los estudios se aparta abiertamente de su tradición cultural étnica.

Por ende, en varias regiones desaparece también entre los jóvenes el conocimiento activo de la lengua *mapuzungun*, de la que difícilmente entienden algunas expresiones o palabras. A menudo tratan esta lengua sólo como su patrimonio,

dándole más bien un valor simbólico (igual como sucede con los irlandeses) al que se hace referencia en momentos particulares o ceremoniales, nada más que para expresar sus raíces indígenas. Indudablemente, otro peligro para la identidad de los mapuches lo son también los matrimonios mixtos, cuyo número crece de manera natural en el nuevo contexto urbano.

No obstante, cuando analizamos las amenazas para la identidad étnica, no podemos olvidarnos de los mecanismos que hacen preservar la etnicidad, la refuerzan y a menudo la reforman, adaptándola a las nuevas condiciones de vida y al nuevo tipo de contactos interétnicos. Entre dichos mecanismos, un lugar significativo lo ocupan los así llamados valores esenciales (*core values*). Esta concepción fue introducida en los estudios étnicos por un destacado sociólogo y antropólogo polaco-australiano, Jerzy J. Smolicz, considerado uno de los arquitectos de los programas de multiculturalidad en la Australia de hoy. Resumiendo el tema en pocas palabras, los valores esenciales son aquellos elementos variables de la cultura (diferentes para cada grupo) que son más importantes para ella y ocupan en su patrón de configuración una posición central. Difieren de los demás valores (fácilmente intercambiables y sustituibles por otros) por el hecho de que su eliminación no sólo tiene como consecuencia un importante cambio cultural, sino que al mismo tiempo lleva a la pérdida de la identidad étnica actual [Smolicz 1981].

Siguiendo este camino vale la pena reflexionar para ver qué valores esenciales son los que funcionan actualmente en la etnia indígena mapuche. Indudablemente, uno de ellos es la conciencia de su propia historia, en parte heroica y a la vez martirizada, que abarca varios siglos de lucha contra los conquistadores por la defensa de la libertad y las tierras, la época de la invasión colonizadora republicana en los territorios indígenas, el periodo de la reducción de los territorios ancestrales y, finalmente, también el de las persecuciones de los mapuches durante el régimen de Pinochet. En este aspecto, el papel de la historia étnica de los mapuches ha sido muy significativo para su identidad y puede compararse con la situación de los indígenas norteamericanos o los maoríes de Nueva Zelanda.

Un valor esencial significativo lo constituye también el territorio indígena histórico, que incluye regiones que pertenecieron antes tanto a los mapuches del territorio chileno y del argentino. En la conciencia de los indígenas, "Wallpamu" (La Gran Tierra de los Mapuches) se concretiza mediante la pertenencia real, o sólo histórica y familiar (en el caso de los emigrantes) de cada nativo a una comunidad territorial bien precisa, llamada "comuna". No por casualidad, esas unidades etno-territoriales semiautónomas llevan en sus nombres oficiales los apellidos de sus fundadores históricos, convertidos en patronos semi-santos (laicos) de las mismas. Cada individuo se identifica mediante varios niveles de referencia. En general, los mapuches se identifican por la oposición al resto de la sociedad nacional chilena, y además existen varios grupos histórico-territoriales como los pehuenches, los

lafkenches, los huiliches y otros. Esas unidades se dividen en grupos que pertenecen a diferentes comunidades que, a su vez, se dividen en conjuntos familiares (parecidos a los clanes) que llevan un mismo apellido. Cabe subrayar en este lugar que es justamente el apellido indígena – tan fácil de reconocer por ser muy diferente de los “típicos” apellidos españoles o europeos – el que constituye un marcador étnico difícil de borrar y que distingue a un mapuche de los demás chilenos de la corriente principal.

Un elemento importante entre los mapuches, que les permite mantener su identidad, es la gran distancia que los separa del resto de la sociedad chilena. Por supuesto, eso es consecuencia de una mala experiencia histórica, del contexto de un colonialismo interno, el sentimiento de trauma, perjuicio, estigmatización y marginalización, y últimamente también de la creciente conciencia de indigenidad, es decir de una diferencia no solamente étnica, sino categorial, o sea ante todo histórica y jurídica, que resulta de pertenecer a los pueblos originarios, es decir a los primeros y legítimos habitantes de esas tierras. Esa visible distancia no favorece los procesos de integración (como sucede p. ej. en el Perú) y evidentemente sitúa a los mapuches en oposición al Estado y a la sociedad dominante, fortaleciendo las vivas tendencias reivindicativas y autonomistas de los grupos más activos étnicamente. De otro lado, esta relativa separación crea en la sociedad chilena opiniones estereotípicas sobre los mapuches como una etnia muy cerrada, desconfiada, enemiga de todo lo moderno, rebelde y además desleal frente al Estado.

En comparación con los habitantes nativos de los demás países andinos, es decir Bolivia, Perú y Ecuador, el grado de aculturación de los mapuches puede considerarse bastante avanzado, a pesar de que algunos elementos de su cultura indígena sigan siendo importantes para ellos, sobre todo en el aspecto etnosimbólico, cuyo objetivo es demostrar el valor de la tradición y la especificidad del patrimonio nativo. A este conjunto pertenece sin duda la lengua, aunque, como se ha dicho arriba, es un elemento que en varios grupos ha perdido su posición de medio de comunicación étnica. En cambio, un elemento que sigue desempeñando un papel importante es el chamanismo, siempre vivo y popular, al lado de las prácticas de medicina tradicional (alternativa), siendo sus guardianes los/las *machi*, que gozan de una gran autoridad. Los objetos importantes en la religión tradicional – unos postes sagrados en forma de escalera dirigida hacia el cielo, llamados – *rewe*, alrededor de los que se celebran rituales y hacen rogativas, han ascendido al rango de “monumentos” oficiales que simbolizan el retorno de los mapuches al poder o que deben subrayar el carácter indígena de la región, y en consecuencia son levantados en plazas y espacios públicos, usualmente delante de la sede de la administración local. Al lado de los *machi* – que pueden ser tanto mujeres (más a menudo) como hombres – las autoridades más importantes en la vida comunitaria de las regiones campesinas son los jefes tradicionales llamados

lonko. A pesar de que no sean considerados formalmente líderes por las autoridades estatales, su opinión es respetada tanto por los mapuches del lugar como por la administración local.

Formas de activismo étnico de los mapuches

El activismo indígena contemporáneo de la población de la Araucanía va dirigido más que nada hacia tres objetivos principales. Primero, defender la identidad amenazada, mediante acciones cuya meta es revitalizar la cultura propia y frenar los procesos de asimilación. Segundo, proteger los intereses vitales de los indígenas, en particular en lo que atañe a las amenazas dirigidas contra sus territorios (expropiación, daños ecológicos, desalojos). Y finalmente, el tercer objetivo importante es la lucha por el respeto, pero también por ampliar los derechos de los indígenas y de los ciudadanos que les correspondan, incluyendo la tendencia a establecer un tipo de autonomía.

Analizando las diferentes formas de este activismo, pueden distinguirse como mínimo cinco corrientes básicas, fuertemente entrelazadas y compenetradas. Son las siguientes: 1) actividad étnica en el campo de la construcción de una sociedad indígena organizada sobre fundamentos modernos y teniendo por base nuevas asociaciones nativas en formas parecidas a las que funcionan en el mundo de *winka*; 2) actividad de carácter político; 3) actividad educativa y socio-cultural; 4) actividad artística y intelectual; y 5) actividad religiosa.

En cuanto a las organizaciones mapuches, las tradiciones de autoorganizarse vienen de un pasado remoto y llegan hasta comienzos del siglo XX, cuando nacieron asociaciones pioneras como la “Sociedad Caupolicán” (1910) o la “Federación Araucana” (1926). Esa tradición de agruparse en asociaciones continuó con mucha energía hasta los años 1970. La época del régimen totalitario de la junta militar de Pinochet no favoreció esa actividad e incluso la frenó [Toledo 2005]. La situación cambió radicalmente en los años 1990, cuando los mapuches comenzaron a restablecer sus estructuras organizativas, utilizando los mecanismos de la democracia naciente, aunque no sin dificultades. Actualmente, dentro de la sociedad mapuche funcionan muchas organizaciones. Unas creadas en las ciudades (solamente en Santiago hay más de 80), otras en las regiones campesinas; unas concentran principalmente a los jóvenes, otras a las mujeres, hay también organizaciones profesionales (p. ej. sindicatos de panificadores, de pescadores, de artesanos), socio-culturales, regionales que coordinan los asuntos dentro de un grupo territorial (p. ej. el “Movimiento de Identidad Lafkenche”), y finalmente hay organizaciones de perfil evidentemente etnopolítico que se concentran en los problemas legales, reivindicatorios e ideológicos. La necesidad de coordinar ese amplio espectro de actividades y grupos diferentes – sobre todo en los asuntos importantes para todos los mapuches – hizo

que fuera necesario formar un foro común que pudiera ser una representación que las autoridades estatales tomaran en consideración. Actualmente, un foro así es la “Coordinación de Organizaciones Mapuche” (COM), a la cual solamente dos agrupaciones no se han subordinado: el “Consejo de Todas las Tierras” y la “Coordinadora Arauco Malleco” (fundada en 1998), conocida por sus radicales acciones de protesta [Mariman 2006, Guzman 2003].

Dentro de la actividad política, los mapuches dan los primeros pasos y entran, con bastante dificultad y desconfianza, en el campo de acción de la sociedad cívica naciente. Cabe recordar aquí la actividad de los mapuches en los tiempos del presidente Allende, cuando muchos indígenas estuvieron comprometidos con la izquierda, incluyendo el partido comunista, que en aquel entonces propagaba un programa atractivo para los indígenas y cuyo objetivo era reestructurar el país y las relaciones socio-étnicas. Aquel embrollo político izquierdista de los mapuches les trajo encima fuertes represalias, cuya consecuencia fue la emigración de varios activistas. Hoy la situación es totalmente diferente. Las simpatías políticas de los mapuches se ven dispersas por todas partes del escenario político del país, lo cual hace que la fuerza de sus voces sea muy débil. Por ende, en el parlamento no hay ni un representante de esta etnia. La situación se ve un poco mejor a nivel local, donde hay muchos consejeros y algunos alcaldes mapuches. Algunos de ellos, activos políticamente, entran en el partido gobernante (relacionado con la presidenta Bachelet), considerando que solamente de esta manera pueden influir en el curso de los asuntos importantes para los mapuches. Otros, a su vez, buscan alianzas con los partidos de perfil ecológico, puesto que las demandas de proteger el medio ambiente formuladas desde ellos les parecen coherentes con los intereses de los indígenas, que desde hace años bregan con las amenazas dirigidas contra su hábitat por agresivas empresas forestales, salmoneras, hidroeléctricas y turísticas. Las organizaciones mapuches protestan a menudo contra la actividad de dichas empresas – sancionada y apoyada por la autoridad del Estado, luchando por mantener sus terrenos y oponiéndose a los nuevos proyectos de las compañías forestales o industriales, contradictorios con los intereses vitales de las comunidades indígenas.

Con este propósito se organizan piquetes, manifestaciones, bloqueos, marchas de protesta, a menudo ahogadas brutalmente por los carabineros. No pocas veces terminan en disturbios locales (con la destrucción de bienes, quema de carros y plantaciones forestales, etc.), lo cual trae como consecuencia graves represalias sobre sus participantes. El gobierno los trata como terroristas y los encarcela con sentencias de muchos años. Por eso, la estrategia de las autoridades relacionada con el movimiento mapuche es denominada “criminalización de la protesta indígena” y es en realidad una evidente violación de los derechos humanos, ciudadanos e indígenas. Por ende, dichas detenciones provocan una escalada de protestas en favor de la defensa de los “presos mapuches”, seguida a su vez de represalias más

intensas y de un control de las comunidades indígenas mediante la así llamada militarización del territorio mapuche, que en la práctica corresponde a una presencia permanente de fuerzas policiales en los territorios indígenas y a una vigilancia cada vez más fuerte por parte de los agentes secretos [Mella 2007].

Los ejemplos de las iniciativas bastante eficaces de los quichuas en Ecuador y los aymaras en Bolivia, así como la inspiración etnonacionalista de Cataluña y del País Vasco, hicieron que en los grupos mapuches de “jóvenes intelectuales” naciera la idea de crear un partido político indígena. Se trata del “Partido Político Mapuche” (PPM), conocido también como “Wallmapuwen” (“Ciudadanos del País Mapuche”), iniciado en 2006. Sus creadores definen esta iniciativa como dirigida hacia el esfuerzo de obtener el status de autonomía para los territorios autóctonos, llamados *Wallmapu*, habitados por los mapuches de ambos lados de la Cordillera (por tanto también en Argentina), y el reconocimiento de esta etnia como nación [Declaración 2006]. Al mismo tiempo, dicen que la forma de tratar el “problema de los mapuches” – como una cuestión social de marginalización civilizadora del campesinado indígena – no es compatible ni con la situación actual de la población mapuche, dispersa entre varias capas profesionales de la sociedad chilena, ni tampoco con las ambiciones de la nueva generación de indígenas. Hasta la fecha, el “Wallmapuwen” no ha funcionado como una fuerza política de mucha influencia, aunque no cabe duda de que es una agrupación que se ha vuelto un importante centro intelectual, cuya existencia se conoce y sobre cuyo programa se debate.

Para fortalecer la identidad, en particular de la generación joven – la más expuesta a los procesos de asimilación – tiene gran importancia la actividad educativa y socio-cultural dirigida a la promoción de los elementos del patrimonio étnico. Son pocos los maestros mapuches que siguen desempeñando ese papel, tratando de poner en práctica los principios de la educación intercultural, tanto en las escuelas secundarias como en los talleres de lengua *mapuzungun*. En las ciudades funcionan centros de cultura mapuche. Usualmente sus sedes son casas tradicionales, ovaladas, cubiertas de paja – las así llamadas *ruka* –, que hoy día simbolizan más que nada la diferencia cultural de los mapuches frente a los *winka* y expresan su dedicación al patrimonio étnico. Además, la radioemisora “Wallon” emite sus programas en castellano y en *mapuzungun*, y juega un destacado papel en mantener la etnicidad. Cierta importancia la tienen también las organizaciones femeninas, cuya actividad se concentra en talleres de concientización, de asistencia a la familia, de consultas jurídicas, de ayuda para organizar la producción y los mercados de venta, etc. Una función parecida la tienen las asociaciones de artesanos que tratan de introducir sus productos en el mercado turístico con más eficacia. Una experiencia interesante es la incorporación de los chamanes – *machi* – y de los curanderos al sistema actual de servicios médicos, en forma de consultorios especializados, servicios de medicina alternativa en algunos hospitales,

talleres dirigidos a las enfermeras mapuches, o tiendas especializadas que ofrecen productos médicos tradicionales.

Todas estas actividades, que no son directamente asociadas con acciones de protesta política, están en gran medida apoyadas por la principal agencia gubernamental establecida oficialmente con el objetivo de ayudar a la población indígena. Se trata de CONADI, es decir la “Corporación Nacional de Desarrollo Indígena”, que funciona desde 1993 y en donde, para realizar el nuevo acercamiento de las autoridades a la cuestión indígena, se encuentran también representantes de diferentes etnias autóctonas, incluyendo a los mapuches. Esta organización, además de promover la actividad cultural, tiene por objetivo reforzar la identidad de los indígenas (mediante el “Programa Orígenes”), modernizar su vida, eliminar los atrasos civilizatorios y además, ayudar a los nativos en sus trámites de demanda de tierra (saneamiento de títulos de propiedad, restitución, ampliación y repartición de tierras comunales). No obstante, a partir de finales de los años 90, dicha agenda está siendo criticada cada vez más por las organizaciones indígenas, que le reprochan falta de competencias, recursos financieros demasiado escasos para introducir cambios importantes, puesta en marcha de proyectos que causan tensiones entre los mapuches y – lo más serio – apoyo a la parte gubernamental en las cuestiones claves para la existencia de los indígenas [Derechos 2006].

Otra esfera importante en el activismo mapuche es su presencia en el campo de la creación intelectual. Sistemáticamente va aumentando el número de indígenas graduados en las universidades nacionales y extranjeras (existe un sistema de becas fundado por CONADI). Hay entre ellos médicos y juristas, maestros y periodistas, y también investigadores, incluyendo a sociólogos y antropólogos. Una parte de ellos se compromete considerablemente en la actividad que tiende a mejorar la condición de su pueblo, no pocas veces salen de estos grupos nuevos líderes de las organizaciones indígenas e iniciadores de proyectos étnicos. Frecuentemente toman la palabra durante reuniones de diferente tipo, conferencias y también foros de internet. Una plataforma importante para dicho debate es la revista “Azkintuwe”, publicada desde 2004 en Temuco, primero “sobre papel” y últimamente solamente en forma electrónica. Se publican en ella debates políticos, análisis de la situación actual de los mapuches en Chile y Argentina, se somete a la crítica la etnopolítica de las autoridades de estos dos países y la actividad destructiva de las grandes empresas en las tierras mapuches, se publican ensayos históricos que recuerdan las luchas de los mapuches en el pasado por mantener su libertad, artículos dedicados a los presos políticos mapuches y ensayos que recuerdan a los luchadores que perecieron en los enfrentamientos con los carabineros. Se publican también amplios relatos sobre la experiencia de otros pueblos indígenas (en México, Bolivia, Canadá) y grupos etnonacionales (vascos, catalanes) y además entrevistas con activistas, artistas y científicos.

En la actualidad, una forma extraordinaria de activismo mapuche es su producción artística, particularmente visible en dos campos: la creación poética y la escultura. En ambos campos, aunque más que nada en la poesía, observamos una verdadera erupción de jóvenes talentos de ambos sexos (nacidos en las décadas de 1970 y 1980). Son sobre todo indígenas que ya viven en las ciudades, han sido educados en las escuelas chilenas, y en su mayoría se mueven fácilmente en ambas culturas, conociendo las obras maestras de Pablo Neruda o Gabriela Mistral. Escriben en castellano y en *mapuzungun*, describiendo la belleza de la naturaleza de su tierra, haciendo resaltar los valores místicos y simbólicos de la Tierra de los Mapuches, y retornando libremente a sus ancestrales ideas mitológicas y religiosas. Sus obras son divulgadas en internet, editadas en panfletos, recitadas en la radio, e incluso expuestas en forma de paneles durante exposiciones, fiestas y celebraciones.

A su vez, los escultores mapuches trabajan sobre todo en las regiones campesinas y en las pequeñas ciudades de la Araucanía. De las formas tradicionales de los postes sagrados *rewe* han pasado a grandes y monumentales estatuas de madera, que conmemoran a los antiguos líderes, fundadores históricos de las comunidades indígenas, o figuras meramente simbólicas de indígenas – mujeres, pescadores o agricultores. Se las coloca cada vez más a menudo en el centro de las ciudades y los pueblitos, en regiones que tienen valores turísticos, y también en las comunidades indígenas que quieren poseer un monumento propio en forma de representación de un héroe ancestral. Su popularidad va creciendo, así que los escultores – a algunos de los cuales los conozco personalmente, como los del Lago Budi – van a necesitar varios años para realizar los pedidos recibidos.

Gracias a esa actividad artística, los habitantes nativos de la Araucanía subrayan en el espacio público sus raíces indígenas, enriqueciendo al mismo tiempo el paisaje con elementos atractivos para el turismo. No cabe duda de que la creación de esos artistas (poetas y escultores) tiene un gran impacto en ambas direcciones, a saber: refuerza la identidad y el sentimiento de orgullo étnico entre los mapuches, ofreciendo formas de expresión artística distantes de las tradicionales, y al mismo tiempo presenta a la dominante sociedad chilena una nueva y original cara de la cultura indígena viva, rompiendo con los estereotipos peyorativos.

Finalmente, cabe decir algunas palabras sobre la arriba mencionada actividad religiosa, que se realiza en tres esferas diferentes: dentro de la iglesia católica, en el marco de las diferentes iglesias evangélicas y en el marco de las creencias y rituales tradicionales. Hay que notar – y lo confirman también mis propias observaciones – que la iglesia católica no tiene gran popularidad entre los indígenas y pocas son las posibilidades de que la tenga en el campo de la evangelización entre las comunidades nativas dispersas por la sierra y los bosques, puesto que tanto las sedes de las parroquias como las iglesias se encuentran principalmente en las ciudades y pueblos más grandes. Las religiones protestantes son mucho más expansivas y eficaces,

tanto las que funcionan desde hace bastante tiempo entre los mapuches (p. ej. los anglicanos), como aquellas que pertenecen a la segunda ola de reформación (p. ej. los pentecostales). Entre los pastores evangélicos hay funcionarios indígenas cuyo conocimiento de la mentalidad y de las necesidades espirituales de sus paisanos les facilita en gran medida el trabajo evangelizador. Ambas iglesias, la católica y la anglicana, prestan mucha atención a la educación de los jóvenes mapuches, tratando últimamente de iniciar también programas de educación intercultural (un ejemplo pueden ser las escuelas en Chol Chol).

A pesar de muchos años de evangelización, la población indígena sigue estando muy atada a las creencias nativas, cuyos guardianes son los chamanes (hombres o mujeres) *machi*. Su autoridad religiosa como la de personas “escogidas” y que disponen de un “poder sobrenatural”, hace sus competencias curativas más fuertes, mientras que la eficacia en llevar ayuda a los enfermos eleva su rango sacral. La legitimación de los *machi* como médicos tradicionales ha contribuido sin duda alguna a fortalecer la cosmovisión indígena. Cada vez más a menudo surge entre los indígenas la idea de seguir esta misma pista y dar a las creencias y rituales tradicionales – identificados por los *winka* como “paganos” – el status de religión independiente, legal, diferente, que elevaría el prestigio del patrimonio mapuche, frenaría la expansión de cristiandad y reforzaría la identidad de la generación joven.

Observaciones finales

En la actualidad, las relaciones entre los mapuches y el Estado chileno no son las mejores, puesto que se caracterizan por una desconfianza recíproca, un fuerte antagonismo y un alto grado de tensiones; unas veces son más débiles y otras reaparecen con mucha dificultad. De ambos lados hay fuerzas radicales (partidos de derecha, carabineros y justicia frente a grupos militantes de mapuches) que muy fácilmente transforman los conflictos locales reales en serias confrontaciones interétnicas. En el Chile de la época de la transformación, desde el régimen autoritario hasta la democracia representativa, pueden observarse importantes diferencias en la política y las prácticas étnicas, dependiendo de si miramos esos fenómenos desde una perspectiva local o nacional.

En los hechos reales de la macropolítica, se dejan notar cambios visibles que tienden a mejorar la condición material, social, legal y cultural de los mapuches, resultado de una lenta adaptación de la etnopolítica del estado chileno a las normas internacionales aceptadas en los sistemas democráticos, que exigen respeto a los derechos indígenas y los de las minorías étnicas, la introducción de los principios de multiculturalidad y la creación de condiciones para la participación cívica de estos grupos. La tardía ratificación por parte de Chile de la Convención No. 169 de la OIT y conjuntamente de la introducción de cambios importantes en la ley indígena de

1993 y de los programas recientes de CONADI, son un ejemplo de tendencias positivas. Sin embargo, queda en espera la realización de dichos compromisos, lo cual deja mucho que desear, en particular cuando surge un evidente conflicto de intereses, sobre todo en el espacio local, es decir aquel donde se entrecrocán los intereses vitales de las comunidades originarias con los intereses estratégicos del Estado, de la administración y de las grandes empresas.

Analizando esas relaciones recíprocas resalta su carácter ambivalente, que se manifiesta mediante actitudes de muy variada condición. En cuanto a los mapuches, en su sociedad se observan las siguientes tendencias: a) tendencia a llevar una cooperación limitada con las autoridades gubernamentales a nivel de los programas etnosociales (visible sobre todo a nivel de las comunidades indígenas); b) tendencia a ampliar la participación indígena en los gobiernos locales (visible entre activistas políticos locales); c) tendencia a criticar abiertamente la etnopolítica oficial y a formular demandas categóricas relativas a la reforma constitucional, cambios en las leyes, restitución acelerada de las tierras saqueadas, respeto del derecho de los mapuches a sus territorios y protección ecológica de la Araucanía (expresada sobre todo por las organizaciones indígenas mas fuertes); y d) tendencia hacia las formas radicales de la crítica, que ignora el diálogo político con las autoridades y organiza protestas espectaculares que luego provocan represiones armadas de parte de las fuerzas policiales (visible entre los simpatizantes de CAM y campesinos desesperados que se oponen a la expropiación o degradación de sus tierras).

Una ambivalencia parecida caracteriza también a la parte estatal, lo que en gran medida resulta del enfrentamiento político existente entre las tendencias autoritarias, siempre presentes en el país, que no toman en cuenta ni los derechos cívicos de las minorías ni las tendencias democráticas que pretenden regularizar la cuestión indígena de acuerdo a las normas y recomendaciones elaboradas a nivel internacional. Ahí es donde podemos identificar las cuatro principales tendencias etnopolíticas, a saber: 1) tendencia neoindigenista, dispuesta a prestar una limitada ayuda material e infraestructural a las comunidades mapuches, realizar una parte de sus demandas referentes al problema de la tierra, y prestar apoyo (no demasiado fuerte) a la práctica de la multiculturalidad (representada principalmente por la CONADI); 2) tendencia a realizar reformas legislativas que tomen en cuenta los intereses indígenas y adapten el sistema político del país a su estructura étnica pluralista (visible en particular durante el mandato de la Presidenta Bachelet); 3) tendencia neoliberal a ignorar los derechos e intereses de los pueblos indígenas en nombre del progreso civilizador y del desarrollo económico del país (ministerios que apoyan grandes inversiones en Araucanía); 4) tendencia a pacificar con brutalidad las protestas de los mapuches mediante represalias políticas, vigilancia de activistas y criminalización de actos de protesta tratados por los tribunales como síntomas de terrorismo.

El Estado chileno, formado por las élites criollas e inmigratorias, ignoró durante años los derechos y necesidades de la población indígena. No representaba los intereses reales de la población autóctona, aunque trataba de ocultar esa tendencia estableciendo organismos que debían proteger formalmente a los indígenas. Lo que veía en la población indígena era más que nada un elemento conservador que no cuadraba con una sociedad moderna en pleno desarrollo. El modelo de vida indígena fue considerado “primitivo”, por lo cual no merecía ser continuado; sus valores culturales y normas legales (p. ej. las ideas de propiedad colectiva) a menudo eran consideradas contradictorias con las regulaciones vigentes en el país; y, finalmente, sus tierras cultivadas y territorios étnicos fueron considerados un área potencial de expansión para facilitar el crecimiento económico del país. De esta manera, la oposición Estado – pueblos indígenas ha tomado un significado adicional, no solamente en Chile. Desde el punto de vista indígena, dicha relación aparecía como una confrontación entre dos partes desiguales, un estado opresivo equipado de un aparato de poder, y una minoría autóctona siempre empujada al margen, que en realidad fue víctima de la conquista, de la colonización y ahora de un desarrollo neoliberal. Desde el punto de vista de la otra parte (de la sociedad dominante y de su Estado), los indígenas siguen siendo percibidos como representantes de un mundo atrasado, primitivo, que mira hacia el pasado y en oposición al progreso y las ambiciones de desarrollo nacional de la sociedad chilena.

Tal como podemos ver, el obstáculo en la vía de reconocer al pueblo mapuche como un segmento étnico que goce de todos los derechos dentro del Estado-Nación chileno, lo forman no sólo las barreras legales, las prácticas discriminatorias de la administración o los escasos medios de ayuda, sino también los vivos estereotipos negativos que siguen persistiendo en la sociedad dominante. Vencerlos (por ambas partes) es una condición importante de las futuras reformas que pudieran contribuir a elevar el status material, legal y cívico de los mapuches. A pesar de que en la sociedad indígena no faltan pronósticos negativos en cuanto a la futura existencia de esta etnia – que hoy día, aparte de todo, debe enfrentarse no sólo al Estado, sino también el impacto de los procesos globalizadores – considero que a modo de conclusión vale la pena citar unas palabras que contienen una dosis de optimismo moderado. Son las palabras de uno de los activistas mapuches – Adán Ancamil – que durante la reunión que se celebró en la Universidad de Chile (en 2004), dedicada al debate titulado *¿Qué es ser mapuche hoy en Chile?*, dijo:

Reconocemos que había un cierto avance en nuestras reivindicaciones, sin embargo consideramos que es muy insuficiente y que hay un desconocimiento de nuestra realidad por parte de la cultura dominante, que intenta someternos a sus prácticas en todo ámbito sin considerar nuestras diferencias. Sin embargo somos optimistas, soñadores y creyentes de nuestro divino hacedor y confiamos que con la ayuda suya algún día respiraremos aires de satisfacción [Dannemann 2004: 99].

Referencias bibliográficas

- ACHMATOWICZ Jerzy, 2002. *Por las huellas de Domeyko. "Araucanía y sus habitantes" de Ignacio Domeyko – 150 años después*, Ed. Unión Polaca en Chile, Santiago de Chile.
- BENGOA José, 1996. *Historia del pueblo mapuche. Siglo XIX y XX*, Ed. Sur, Santiago de Chile.
- BENGOA José, 2002. *Historia de un conflicto. El estado y los mapuches en el siglo XX*, Ed. Planeta/Ariel, Santiago de Chile.
- DANNEMANN Manuel (ed.), 2004. *Que es ser mapuche hoy en Chile*, Ed. Universitaria, Santiago de Chile.
- DECLARACIÓN..., 2006. Declaración de Wallmapuwen, Azkintuwe, Año 3, no. 17, Temuco.
- DERECHOS..., 2003. *Los derechos de los pueblos indígenas en Chile. Informe del programa de derechos indígenas*, Ed. LOM, Santiago de Chile.
- DOMEYKO Ignacio, 1845. *Araucanía y sus habitantes*, Ed. Imprenta Chilena, Santiago de Chile.
- DOMEYKO Ignacy, 1860. *Araukania i jej mieszkańcy*, Wilno, (edición nueva: Varsovia – Cracovia 1992)
- GUZMÁN Eugenio, 2003. *La cuestión mapuche. Aportes para el debate*, Ed. Libertad y Desarrollo, Santiago de Chile.
- MALDONADO Saldivia Z., 2005. Ignacio Domeyko: entre la mineralogía y la educación del Chile decimonónico, en: *La Ciencia en el Chile decimonónico*, Ed. Universidad Tecnológica Metropolitana, Santiago de Chile.
- MARIMAN Pablo y otros, 2006. *Escucha, winka...! Cuatro ensayos de historia nacional mapuche y un epílogo sobre el futuro*, Ed. LOM, Santiago de Chile.
- MELLA Sequel Eduardo, 2007. *Los mapuches ante la justicia. La criminalización de la protesta indígena en Chile*, Ed. LOM y IWGIA, Santiago de Chile.
- PIWONKA Figueroa G., 2002. Domeyko y la Araucanía chilena, *Anales de la Universidad de Chile*, no. 14.
- POSERN-ZIELIŃSKI Aleksander, 2002. Los líderes indígenas en los países andinos y su rol en la consolidación del movimiento nativo, *Estudios Latinoamericanos. Polonia*, vol. 22, Varsovia – Poznań.
- POSERN-ZIELIŃSKI Aleksander, 2005. *Między indygenizmem a indianizmem. Andyjscy Indianie na drodze do etnorozwoju* (Entre indigenismo e indianismo. Los indígenas andinos en su camino hacia el etnodesarrollo), Ed. Wydawnictwo Naukowe UAM, Poznań.
- POSERN-ZIELIŃSKI Aleksander, 2009. The State and the Indigenous Peoples in Latin America, en: *On the State of Latin American States. Approaching the Bicentenary*, Ryszard Stemplowski (ed.), Ed. AFM Kraków University, Cracovia.

- SAAVEDRA Peláez Alejandro, 2002. *Los mapuches en la sociedad chilena actual*, Ed. LOM, Santiago de Chile.
- SMOLICZ Jerzy J., 1981. Core Values and Cultural Identity, *Ethnic and Racial Studies*, vol. 4, no. 1
- TOLEDO Llancaques Víctor, 2005. *Pueblo mapuche. Derechos colectivos y territorio. Desafíos para la sustentabilidad democrática*, Ed. LOM, Santiago de Chile.